R. P. José Ríus

NOVENA DEL GLORIOSO ARCÁNGEL

SAN RAFAEL

PARA ALCANZAR POR SU INTERCESIÓN
TODA SUERTE DE GRACIAS Y FAVORES

www.traditio-op.org
TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

PROBABLE VISITA DEL ARCÁNGEL RAFAEL

“En esta ciudad de Buenos Aires y en el año de 1804, había en el Convento de los R. P. Dominicos, uno llamado el Padre Mansilla, sencillo y fervoroso, el cual era devoto del glorioso Arcángel San Rafael. Asistía este religioso a una pobre Señora que estaba enferma de un malísimo parto, la que con este motivo había hecho una promesa a San Rafael. Ella vivía por los arrabales y se dice era sobrina de Fray Silverio Rodríguez, dominico ejemplar. Llegó el 24 de octubre, día de su fiesta, y aunque los demás Religiosos salieron a tomar campo, el P. Mansilla fué a visitar a su enferma. Esperaba paseándose afuera, mientras los médicos la veían, cuando se le acercó un joven, a quien no pudo menos do mirarlo con alguna extrañeza, con una especie de morrión, botines, guantes, y que le pregunta si podría ver a la enferma. Entra luego que salen los facultativos, fijándose todos en él, que abre las dos puertas de la vivienda tocándolas con las manos levantadas, un poco en alto y extendidas; pulsa a la enferma, ve las recetas, señala cuáles de ellas han de traer y dárselas, y asegura que se pondrá buena. Entretanto, el P. Mansilla y los demás que admirados presencian lo que dice y ordena el desconocido joven, sienten una dulzura interior cada cual de ellos, que no aciertan a entender, y callan todos.

Al salir se quitó uno de los guantes, con lo que se llenó con un olor suavísimo todo aquel lugar. Entonces salen de su estupor, corren a su alcance y ya no lo hallan, no siendo posible que se ocultase por estar aquello en descampado; y entonces también acaban de conocer que el Santo Arcángel habría visitado a sus devotos usando de su acostumbrada piedad, pues la señora sanó, y los demás fueron alegrados y con-, solados. Esto lo referimos como lo hemos oído, sin anticipar juicios sobro la autoridad de la Iglesia”.

ADVERTENCIA

Sale a la luz este Novenario a impulsos de la devoción ardiente que profesan a este Santo Arcángel Rafael las religiosas del ejemplarísimo Monasterio de Clarisas de la muy ilustre ciudad de Tarragona. No es en vano esta dulce pasión con que miran a tan sublime Espíritu.

Nadie debe extrañar la extraordinaria afición que aquellas Religiosas han cobrado a tan singular bienhechor, por las extraordinarias gracias favores de él recibidos, y que, no contentas con el formulario que usaban antes para sus novenas, me hayan solicitado para la ordenación del presente. No poco obligado yo también a este Arcángel de la salud y de la providencia, he aceptado con gusto ente encargo, con la idea de que todo el mundo conozca la sublimidad, beneficencia y mérito de aquel excelso Príncipe, y se proporcione con esto toda suerte de gracias y mercedes. Así será, sin duda, si se hace este novenario con espíritu humilde, devoto y confiado, especialmente si en uno de sus días se procura recibir los santos Sacramentos y ejercitarse en actos de virtud, mayormente de caridad y oración, de las que Rafael es especialísimo amigo y protector.

DÍA PRIMERO

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi poderoso Creador, mi dulce Padre y mi piadosísimo Redentor; aquí tenéis postrado a vuestros pies a este hijo pródigo, que tantas veces ha malogrado el patrimonio de vuestra gracia con enormes pecados. La contusión cubre mi rostro, Dios mío, y apenas me atrevo a levantar mis ojos para miraros, aterrado con el asombroso número de mis pecados. Mas ¿a quién iré, bien mío, sino al que me dio el ser, y derramó por mí toda su sangre? Levantaréme y me iré al Padre, os digo como el primer pródigo. A Vos, pues, vengo, cierto que me esperáis con los brazos abiertos para abrazarme, y regar con dulces lágrimas mi cuello. Si para esto queréis también mi llanto, de sangre viva quisiera yo formarlo, y daros con esto un testimonio de mi verdadero arrepentimiento. Dad Vos, Señor, firmeza a mis buenos propósitos, para que, dejando ya de ser demonio por los vicios, sea por las virtudes un ángel puro, semejante a vuestro querido arcángel San Rafael.

A vos, pues, me dirijo Príncipe gloriosísimo y ángel de la salud, Rafael, para que, a la vista de vuestras virtudes y excelencias, salga con vuestra

protección del abismo de mis vicios y miserias, y merezca con esto el favor que solicito en esta Novena y que espero de aquel vuestro tierno corazón y fondo de caridad que forman vuestro carácter. Amén.

Rafael, gran privado del Rey Supremo

Para formar el debido concepto de la íntima privanza y especial predilección con que honra a Rafael el Rey Supremo, basta considerar la alta cumbre de honor a que lo ha sublimado. Mas ¡oh qué altura de honor tan asombrosa! El menor do los ángeles ocupa ya un trono incomparablemente más excelso y brillante que el mayor de los monarcas de la tierra: ¿cuál, pues, será la elevación de un Espíritu que so eleva sobre millares de millones de ángeles, por ser uno de los que honran y decoran el celestial imperio! El mismo reveló por su propia boca a los dos Tobías esta tan sublimo preeminencia, cuando les dijo: Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que estamos delante del Señor, esto es, uno de los siete más allegados a su augusto solio, prontos a desempeñar las comisiones con que nos honra como a sus más íntimos privados, y de aquí es, que del incalculable número de ángeles, que, como dice Santo Tomás con el

Areopagita, es mucho más crecido que el número de todos los seres juntos, sólo de Rafael y otros dos espíritus angélicos ha querido Dios dar cierta e individual noticia a los mortales: que por esto, sólo de estos tres celebra en particular su fiesta la Iglesia. ¡Oh excelencia de Rafael verdaderamente admirable!

(Medítese un poco, y pídase el favor que se desea).

Coloquio

Qué grande os hizo, sublimo Rafael, la poderosa diestra del Altísimo! ¡Ah! yo quiero levantar la vista al refulgente solio de vuestra gloria, y los vivos rayos de brillante luz que os rodean, deslumbran y obligan a cerrar mis endebles ojos. Vos sois uno de aquellos siete supremos senadores que le forman al Rey inmortal e invisible su más secreto gabinete y que, a la manera de inextinguibles antorchas, arden y brillan sobro los siete candeleros de oro que vio San Juan en el Apocalipsis delante del Cordero de Dios. A vos dirige con dulce majestad sus cariñosos ojos el Rey de la gloria, haciéndoos con su luz eterna e increada un fidelísimo espejo de su hermosura. A vos confía aquellos profundos arcanos, de que no os lícito hablar al hombre; y como a su apreciado

valido os concede todas las gracias con que, como ángel de la caridad, queréis socorrer a los afligidos mortales. Ya que tan grande sois y tanto priváis al Rey de reyes, sacadme de mi pequeñez y alcanzadme de su Divina Majestad que se eleve mi espíritu a las cosas celestiales y eternas, en cuya comparación todas las grandezas y pompas do esto mundo no son más que vanidad y aflicción de espíritu.

Y para más obligaros, unido mi espíritu con las tres jerarquías de los ángeles, saludo a la sacrosanta e individua Trinidad con tres Padrenuestros, tres Avemarias y un Gloria Patri.

Oración para todos los días

Excelentísimo príncipe del Empíreo, Rafael, ministro del gran Rey, celador de su honra, protector de la castidad, patrono do la limosna y oración, conductor de los caminantes, libertador de los peligros, proveedor en las necesidades, iluminador de los ciegos y módico universal de todas las enfermedades: a vos clamo, y a la sombra de vuestro patrocinio acudo, para que os dignéis sostenerme en todos mis peligros, consolarme en todas mis tristezas, dirigirme en todos mis apuros y remediarme en todas mis necesidades. Vos reunís

todas las prerrogativas de los nueve coros angélicos. Tenéis la pureza y candor de los ángeles comunes; sois embajador de las cosas grandes como los arcángeles; sobre vos descansa Dios como en los Tronos; con las Dominaciones señoreáis los ánimos; con los Principados veláis sobre reyes y reinos; enfrenáis los demonios con las Potestades; obráis estupendos milagros con las virtudes; en vos, finalmente, se von brillar las luces de los Querubines y arder las amorosas llamas de los Espíritus Seráficos. Ya, pues, que residen en vos tanta grandeza, poder y gloria, usad vuestra generosa beneficencia con esta inútil criatura, que, aunque frágil, al fin os ama con dulce pasión, para que sea feliz en el tiempo y en la eternidad. Amén.

GOZOS

De Dios íntimo Privado y su Ministro escogido: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú eres en Naturaleza un puro espíritu, y tal, que en la Corte Celestial descuella tu grande Alteza; al sol vences en belleza, del eterno Sol bañado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

En aquella antigua lid, en que el valiente Miguel ajó al soberbio Luzbel, fuisteis invencible adalid.

Tropas del abismo, huid, pues ambos os han hollado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

De los siete más vecinos al trono augusto de Dios por uno os cuentan a vos los oráculos divinos. Nuestros discursos mezquinos vencen tan noble dictado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Principado en dignidad, en las luces Querubín, en las llamas Serafín, y trono en la majestad; reúnes la autoridad del Angélico Senado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Aunque tan grande en el Cielo del hombre no os desdeñáis, de allá a la tierra bajáis para su guía y consuelo. De Dios tomando el modelo a nadie os negáis, llamado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Por vos Tobías el mozo libre de un susto mortal halló bienes sin igual, halló mujer, halló gozo. Por vos llena de alborozo a Raguel su suegro amado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Sara, antes entristecida con siete maridos muertos (por ti echado a los desiertos Asmodeo) vuelve a vida, y a un santo marido unida prole feliz le has

logrado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú de Gabelo el dinero para Tobías cobraste; tú siempre caudal hallaste al que te ama con esmero. Siempre en ti un fiel tesorero halla el bien intencionado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú a Tobías el mayor, ya de muchos años ciego, con hiél de un pez diste luego de la vista el resplandor. Loa el anciano al Señor y ve al hijo suspirado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú ofreces en copa de oro al gran Rey de la alta Sión la limosna, la oración y del pecho humilde el lloro. La piedad es tu decoro y hacer bien al angustiado:

¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ángel de salud te llama la Iglesia, la cual opina que el Ángel de la Piscina eres tú: y quien a ti clama de tu caridad la llama presto siente remediado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ya tu nombre mismo expresa que eres de Dios medicina; de socorro rica mina todo el mundo te confiesa. ¡Feliz el que te profesa un amor fiel y

alentado! ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

No es Córdoba solamente la que, por ti apadrinada, se vio pronto libertada de un contagio pestilente: a cualquiera edad y gente la salud has alcanzado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Pues siempre das grato oído al que te llama confiado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

V) Stetit ángelus juxta aram templi.
R). Habens thuribulum aureum in manu sua.

OREMUS

Deus qui beatum Raphaelen Archangelum, Tobiae famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DÍA SEGUNDO

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi poderoso Creador, mi dulce Padre y mi piadosísimo Redentor; aquí tenéis postrado a vuestros pies a este hijo pródigo, que tantas veces ha malogrado el patrimonio de vuestra gracia con enormes pecados. La contusión cubre mi rostro, Dios mío, y apenas me atrevo a levantar mis ojos para miraros, aterrado con el asombroso número de mis pecados. Mas ¿a quién iré, bien mío, sino al que me dio el ser, y derramó por mí toda su sangre? Levantaréme y me iré al Padre, os digo como el primer pródigo. A Vos, pues, vengo, cierto que me esperáis con los brazos abiertos para abrazarme, y regar con dulces lágrimas mi cuello. Si para esto queréis también mi llanto, de sangre viva quisiera yo formarlo, y daros con esto un testimonio de mi verdadero arrepentimiento. Dad Vos, Señor, firmeza a mis buenos propósitos, para que, dejando ya de ser demonio por los vicios, sea por las virtudes un ángel puro, semejante a vuestro querido arcángel San Rafael.

A vos, pues, me dirijo Príncipe gloriosísimo y ángel de la salud, Rafael, para que, a la vista de vuestras virtudes y excelencias, salga con vuestra

protección del abismo de mis vicios y miserias, y merezca con esto el favor que solicito en esta Novena y que espero de aquel vuestro tierno corazón y fondo de caridad que forman vuestro carácter. Amén.

Rafael, celador de la honra de Dios

El alto grado de gloria a que elevó el Todopoderoso a Rafael, es una prueba cierta del ardiente celo con que en el día primero del mundo defendió la honra del Altísimo, inicuamente ajada por el príncipe de la soberbia, Lucifer, cuando con impotente orgullo quiso fijar su trono sobre el Monte del Testamento, elevarse sobre los astros del Cielo y arrogarse la gloria del Creador. El fué entonces uno de los más valientes campeones, que, al lado del grande Miguel, sostuvo los derechos del Sumo de los reyes, y con el rayo de la verdad vibrando por su fulminante boca, lanzó a los abismos aquel dragón horrible y todos sus secuaces. Este celo de la divina gloria es el resorte que da impulso a todas sus acciones; y aun en los continuos actos de bondad y misericordia con que socorre a los hombres, lejos de buscar su propia gloria, no se propone otro objeto sino que los favorecidos bendigan, alaben y glorifiquen al Señor. Esta es la única recompensa

que exigió de los imponderables beneficios que había dispensado a los dos Tobías. Bendecid, les dijo, al Dios del Cielo, y publicad su gloria delante de todos los vivientes, por haber usado para con vosotros de su misericordia.

(Medítese un poco, y pídase el favor que se desea).

COLOQUIO

¡Cuán feliz sería yo, celosísimo Rafael, si llegase a imitaros en el celo de la honra de Dios! Vuestro purísimo pecho es un volcán de amor divino, y esto fuego de amor es el que levanta allí la llama da vuestro celo. Quien ama, olvida sus propios intereses, ni conoce más anhelos que los que se dirigen al provecho y gloria del amado. Vos, que tanto ardéis en incendio de amor seráfico, sólo respiráis llamas de inflamado celo por la gloria de vuestro amado Dios. Mas yo ¿qué celo puedo tener de esta honra, cuando mi corazón para con Dios vence en frialdad y dureza al insensible mármol? Todo concentrado dentro de mí, sólo vengo a ser el ídolo de mí mismo, en cuya sola ara quemo todos mis inciensos. Mis pensamientos, mis afectos, mis obras sólo se dirigen a contemporizar mi amor propio, procurando de mil maneras la satisfacción de todas mis propensiones y antojos, aunque para

esto sea preciso ofender e insultar a mi Creador, violando su ley en su presencia. No sé mirar la más leve injuria que se me haga sin amotinarse luego mis pasiones, y mirar con indiferencia y sin dolor innumerables ofensas que se hacen sin cesar al Dios de la majestad y de la gloria. ¡Qué contraste, ardiente Rafael, entre mi frialdad y vuestro celo! Curadme, oh médico celestial, de enfermedad tan oprobiosa.

Y para más obligaros, unido mi espíritu con las tres jerarquías de los ángeles, saludo a la sacrosanta e individua Trinidad con tres Padrenuestros, tres Avemarías y un Gloria Patri.

Oración para todos los días

Excelentísimo príncipe del Empíreo, Rafael, ministro del gran Rey, celador de su honra, protector de la castidad, patrono do la limosna y oración, conductor de los caminantes, libertador de los peligros, proveedor en las necesidades, iluminador de los ciegos y módico universal de todas las enfermedades: a vos clamo, y a la sombra de vuestro patrocinio acudo, para que os dignéis sostenerme en todos mis peligros, consolarme en todas mis tristezas, dirigirme en todos mis apuros y remediarme en todas mis necesidades. Vos reunís

todas las prerrogativas de los nueve coros angélicos. Tenéis la pureza y candor de los ángeles comunes; sois embajador de las cosas grandes como los arcángeles; sobre vos descansa Dios como en los Tronos; con las Dominaciones señoreáis los ánimos; con los Principados veláis sobre reyes y reinos; enfrenáis los demonios con las Potestades; obráis estupendos milagros con las virtudes; en vos, finalmente, se von brillar las luces de los Querubines y arder las amorosas llamas de los Espíritus Seráficos. Ya, pues, que residen en vos tanta grandeza, poder y gloria, usad vuestra generosa beneficencia con esta inútil criatura, que, aunque frágil, al fin os ama con dulce pasión, para que sea feliz en el tiempo y en la eternidad. Amén.

GOZOS

De Dios íntimo Privado y su Ministro escogido: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú eres en Naturaleza un puro espíritu, y tal, que en la Corte Celestial descuella tu grande Alteza; al sol vences en belleza, del eterno Sol bañado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

En aquella antigua lid, en que el valiente Miguel ajó al soberbio Luzbel, fuisteis invencible adalid.

Tropas del abismo, huid, pues ambos os han hollado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

De los siete más vecinos al trono augusto de Dios por uno os cuentan a vos los oráculos divinos. Nuestros discursos mezquinos vencen tan noble dictado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Principado en dignidad, en las luces Querubín, en las llamas Serafín, y trono en la majestad; reúnes la autoridad del Angélico Senado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Aunque tan grande en el Cielo del hombre no os desdeñáis, de allá a la tierra bajáis para su guía y consuelo. De Dios tomando el modelo a nadie os negáis, llamado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Por vos Tobías el mozo libre de un susto mortal halló bienes sin igual, halló mujer, halló gozo. Por vos llena de alborozo a Raguel su suegro amado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Sara, antes entristecida con siete maridos muertos (por ti echado a los desiertos Asmodeo) vuelve a vida, y a un santo marido unida prole feliz le has

logrado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú de Gabelo el dinero para Tobías cobraste; tú siempre caudal hallaste al que te ama con esmero. Siempre en ti un fiel tesorero halla el bien intencionado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú a Tobías el mayor, ya de muchos años ciego, con hiél de un pez diste luego de la vista el resplandor. Loa el anciano al Señor y ve al hijo suspirado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú ofreces en copa de oro al gran Rey de la alta Sión la limosna, la oración y del pecho humilde el lloro. La piedad es tu decoro y hacer bien al angustiado:

¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ángel de salud te llama la Iglesia, la cual opina que el Ángel de la Piscina eres tú: y quien a ti clama de tu caridad la llama presto siente remediado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ya tu nombre mismo expresa que eres de Dios medicina; de socorro rica mina todo el mundo te confiesa. ¡Feliz el que te profesa un amor fiel y

alentado! ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

No es Córdoba solamente la que, por ti apadrinada, se vio pronto libertada de un contagio pestilente: a cualquiera edad y gente la salud has alcanzado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Pues siempre das grato oído al que te llama confiado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

V) Stetit ángelus juxta aram templi.
R). Habens thuribulum aureum in manu sua.

OREMUS

Deus qui beatum Raphaelen Archangelum, Tobiae famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DÍA TERCERO

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi poderoso Creador, mi dulce Padre y mi piadosísimo Redentor; aquí tenéis postrado a vuestros pies a este hijo pródigo, que tantas veces ha malogrado el patrimonio de vuestra gracia con enormes pecados. La contusión cubre mi rostro, Dios mío, y apenas me atrevo a levantar mis ojos para miraros, aterrado con el asombroso número de mis pecados. Mas ¿a quién iré, bien mío, sino al que me dio el ser, y derramó por mí toda su sangre? Levantaréme y me iré al Padre, os digo como el primer pródigo. A Vos, pues, vengo, cierto que me esperáis con los brazos abiertos para abrazarme, y regar con dulces lágrimas mi cuello. Si para esto queréis también mi llanto, de sangre viva quisiera yo formarlo, y daros con esto un testimonio de mi verdadero arrepentimiento. Dad Vos, Señor, firmeza a mis buenos propósitos, para que, dejando ya de ser demonio por los vicios, sea por las virtudes un ángel puro, semejante a vuestro querido arcángel San Rafael.

A vos, pues, me dirijo Príncipe gloriosísimo y ángel de la salud, Rafael, para que, a la vista de vuestras virtudes y excelencias, salga con vuestra

protección del abismo de mis vicios y miserias, y merezca con esto el favor que solicito en esta Novena y que espero de aquel vuestro tierno corazón y fondo de caridad que forman vuestro carácter. Amén.

Rafael, protector de la pureza

Aunque la pureza sea blasón común do todos los ángeles, por ser puros espíritus, y carecen por lo mismo de esta grosera y corruptible masa do carne, que grava a nuestra triste alma; sin embargo, ella pertenece y distingue do un modo especialísimo al purísimo Rafael, por cuyo motivo es considerado por especial protector de la castidad. Él es quien ata, sujeta y confina al infernal Asmodeo, que es el portaestandarte de la lujuria. Efectivamente, leemos en la Sagrada Escritura que él libró a Sara, hija de Raguel y Ana, de la obsesión de aquel inmundo demonio que le había ya muerto siete maridos, en quienes había atizado primero el hediondo fuego de la lujuria. Pero la protección del gran Rafael escudó al joven Tobías; y lejos de permitir a aquel impuro espíritu que le asestase tiros como a los demás maridos de Sara, tomóle, dice la Escritura, y le amarró en el desierto del alto Egipto. Así es que este angélico protector de la pureza quita las

fuerzas al demonio tentador y corona de triunfos a los que reclaman su auxilio en las arduas y siempre temibles batallas con que pretenden los demonios conquistar el preciosísimo tesoro de una virtud tan bella como frágil.

(Medítese un poco, y pídase el favor que se desea).

COLOQUIO

Purísimo Rafael, ¡oh cuan enamorado os contemplo de la fragantísima azucena de la pureza! ¡Con qué ahinco y con cuan sabias y oportunas instrucciones procurasteis inspirarla a vuestro querido Tobías, pintándole la brutal condición de aquellos infelices, que a la manera del caballo y del mulo corren precipitados a disfrutar unos placeres que, gustados, acarrean la muerte! Angel de la pureza, interesaos también en mi ayuda, sostenedme en mis choques, y esgrimid la espada de vuestra irresistible virtud contra los infernales enemigos, que con incesantes y porfiados ataques pretenden abrir brecha en mi corazón, para hurtarme aquella preciosa joya que forma la delicia del Hijo de la Virgen. Mirad que son muchos y muy temibles los enemigos que se han aliado con cruel mancomún en contra de mí: el mundo con mil aparatos lisonjeros, mi propia carne con sensaciones tan

halagüeñas como traidoras, todo el infierno con innumerables artimañas; todo, santo mío, conspira a triunfar de mi constancia en ser puro. ¿Qué haré, triste de mí, que no soy sino imbecilidad y flaqueza, sino sucumbir y perderme? Preciso me será una mano tan robusta como la vuestra para sacarme airoso y triunfante. Esta mano, pues, pido; ésta deseo, y con ésta cuento.

Y para más obligaros, unido mi espíritu con las tres jerarquías de los ángeles, saludo a la sacrosanta e individua Trinidad con tres Padrenuestros, tres Avemarías y un Gloria Patri.

Oración para todos los días

Excelentísimo príncipe del Empíreo, Rafael, ministro del gran Rey, celador de su honra, protector de la castidad, patrono do la limosna y oración, conductor de los caminantes, libertador de los peligros, proveedor en las necesidades, iluminador de los ciegos y módico universal de todas las enfermedades: a vos clamo, y a la sombra de vuestro patrocinio acudo, para que os dignéis sostenerme en todos mis peligros, consolarme en todas mis tristezas, dirigirme en todos mis apuros y remediarme en todas mis necesidades. Vos reunís todas las prerrogativas de los nueve coros

angélicos. Tenéis la pureza y candor de los ángeles comunes; sois embajador de las cosas grandes como los arcángeles; sobre vos descansa Dios como en los Tronos; con las Dominaciones señoreáis los ánimos; con los Principados veláis sobre reyes y reinos; enfrenáis los demonios con las Potestades; obráis estupendos milagros con las virtudes; en vos, finalmente, se von brillar las luces de los Querubines y arder las amorosas llamas de los Espíritus Seráficos. Ya, pues, que residen en vos tanta grandeza, poder y gloria, usad vuestra generosa beneficencia con esta inútil criatura, que, aunque frágil, al fin os ama con dulce pasión, para que sea feliz en el tiempo y en la eternidad. Amén.

GOZOS

De Dios íntimo Privado y su Ministro escogido: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú eres en Naturaleza un puro espíritu, y tal, que en la Corte Celestial descuella tu grande Alteza; al sol vences en belleza, del eterno Sol bañado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

En aquella antigua lid, en que el valiente Miguel ajó al soberbio Luzbel, fuisteis invencible adalid. Tropas del abismo, huid, pues ambos os han

hollado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

De los siete más vecinos al trono augusto de Dios por uno os cuentan a vos los oráculos divinos. Nuestros discursos mezquinos vencen tan noble dictado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Principado en dignidad, en las luces Querubín, en las llamas Serafín, y trono en la majestad; reúnes la autoridad del Angélico Senado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Aunque tan grande en el Cielo del hombre no os desdeñáis, de allá a la tierra bajáis para su guía y consuelo. De Dios tomando el modelo a nadie os negáis, llamado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Por vos Tobías el mozo libre de un susto mortal halló bienes sin igual, halló mujer, halló gozo. Por vos llena de alborozo a Raguel su suegro amado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Sara, antes entristecida con siete maridos muertos (por ti echado a los desiertos Asmodeo) vuelve a vida, y a un santo marido unida prole feliz le has logrado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú de Gabelo el dinero para Tobías cobraste; tú siempre caudal hallaste al que te ama con esmero. Siempre en ti un fiel tesorero halla el bien intencionado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú a Tobías el mayor, ya de muchos años ciego, con hiél de un pez diste luego de la vista el resplandor. Loa el anciano al Señor y ve al hijo suspirado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú ofreces en copa de oro al gran Rey de la alta Sión la limosna, la oración y del pecho humilde el lloro. La piedad es tu decoro y hacer bien al angustiado:

¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ángel de salud te llama la Iglesia, la cual opina que el Ángel de la Piscina eres tú: y quien a ti clama de tu caridad la llama presto siente remediado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ya tu nombre mismo expresa que eres de Dios medicina; de socorro rica mina todo el mundo te confiesa. ¡Feliz el que te profesa un amor fiel y alentado! ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

No es Córdoba solamente la que, por ti apadrinada, se vio pronto libertada de un contagio pestilente: a cualquiera edad y gente la salud has alcanzado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Pues siempre das grato oído al que te llama confiado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

V) Stetit ángelus juxta aram templi.
R). Habens thuribulum aureum in manu sua.

OREMUS

Deus qui beatum Raphaelen Archangelum, Tobiae famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DÍA CUARTO

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi poderoso Creador, mi dulce Padre y mi piadosísimo Redentor; aquí tenéis postrado a vuestros pies a este hijo pródigo, que tantas veces ha malogrado el patrimonio de vuestra gracia con enormes pecados. La contusión cubre mi rostro, Dios mío, y apenas me atrevo a levantar mis ojos para miraros, aterrado con el asombroso número de mis pecados. Mas ¿a quién iré, bien mío, sino al que me dio el ser, y derramó por mí toda su sangre? Levantaréme y me iré al Padre, os digo como el primer pródigo. A Vos, pues, vengo, cierto que me esperáis con los brazos abiertos para abrazarme, y regar con dulces lágrimas mi cuello. Si para esto queréis también mi llanto, de sangre viva quisiera yo formarlo, y daros con esto un testimonio de mi verdadero arrepentimiento. Dad Vos, Señor, firmeza a mis buenos propósitos, para que, dejando ya de ser demonio por los vicios, sea por las virtudes un ángel puro, semejante a vuestro querido arcángel San Rafael.

A vos, pues, me dirijo Príncipe gloriosísimo y ángel de la salud, Rafael, para que, a la vista de vuestras virtudes y excelencias, salga con vuestra

protección del abismo de mis vicios y miserias, y merezca con esto el favor que solicito en esta Novena y que espero de aquel vuestro tierno corazón y fondo de caridad que forman vuestro carácter. Amén.

Rafael, amigo de las obras de misericordia

Otro de los timbres que más ilustran y engrandecen a Rafael, es aquel vivo empeño que toma en atender y recompensar las obras de misericordia con que los hombres se socorren mutuamente, y especialmente la limosna. Su genio tierno, benéfico y bondadoso, le hace mirar con fino cariño a cuantos congenian con él en la piedad y misericordia. Aquel héroe de la caridad para con los vivos y difuntos, el anciano Tobías, ¿qué beneficios no recibió de mano de este generosísimo Príncipe?

Cuando él distribuía con franca mano su pan a los pobres, cuando interrumpía su comida y se desprendía del descanso del sueño nocturno para dar sepultura a los muertos; cuando, en fin, desplegaba de mil modos su caritativo pecho en beneficio de sus concautivos hermanos, Rafael vigilaba solícito, atendiendo con dulce complacencia estos actos de humanidad,

presentándolos en copa de oro ante el acatamiento del Dios de la misericordia. ¿De qué bienes en seguida no colmó su persona, su casa y su familia? Vista, riquezas, consuelo, larga vida, virtudes, toda clase de prosperidades, fueron la recompensa que con su famosa aparición le negoció. Tanto como esto amó Rafael la misericordia.

(Medítese un poco, y pídase el favor que se desea).

COLOQUIO

Misericordiosísimo Rafael, yo no sé ver en vos sino la más cabal y exacta imagen del Padre de la misericordia y Dios de toda consolación. A imitación suya, no contento con favorecer vos a vuestros queridos hombres, formáis un empeño de que ellos se favorezcan recíprocamente. Mientras que vos estabais acumulando mil importantes beneficios sobre las dos casas de Raguel y Tobías, inculcabais con estilo enérgico el ejercicio de la limosna, y demás actos de beneficencia. Mejor es, decíais, dar limosna, que almacenar tesoros de oro. Ella es la que preserva de la muerte; ella la que limpia los pecados, y el más seguro garante de la misericordia de Dios y de vida eterna. ¡Ay de mí, que tengo un corazón tan de piedra, para con mis hermanos! Todo miel y regalo para conmigo,

reservóles la hiél y los ajenjos para los otros; y antes de arrostrar la menor incomodidad, sufriré que padezca de hambre un infeliz. ¿Cómo podréis vos mirarme con buen ojo? No, no es vuestra protección para los insensibles y crueles. Rogad, pues, a Dios, mi amado Arcángel, que sensibilice, mi corazón, para que, a ejemplo vuestro, me haga todo para todos, ejercitándome en adelante en todas las obras de misericordia.

Esta es la merced que hoy os pido.

Y para más obligaros, unido mi espíritu con las tres jerarquías de los ángeles, saludo a la sacrosanta e individua Trinidad con tres Padrenuestros, tres Avemarías y un Gloria Patri.

Oración para todos los días

Excelentísimo príncipe del Empíreo, Rafael, ministro del gran Rey, celador de su honra, protector de la castidad, patrono do la limosna y oración, conductor de los caminantes, libertador de los peligros, proveedor en las necesidades, iluminador de los ciegos y módico universal de todas las enfermedades: a vos clamo, y a la sombra de vuestro patrocinio acudo, para que os dignéis sostenerme en todos mis peligros, consolarme en

todas mis tristezas, dirigirme en todos mis apuros y remediarme en todas mis necesidades. Vos reunís todas las prerrogativas de los nueve coros angélicos. Tenéis la pureza y candor de los ángeles comunes; sois embajador de las cosas grandes como los arcángeles; sobre vos descansa Dios como en los Tronos; con las Dominaciones señoreáis los ánimos; con los Principados veláis sobre reyes y reinos; enfrenáis los demonios con las Potestades; obráis estupendos milagros con las virtudes; en vos, finalmente, se von brillar las luces de los Querubines y arder las amorosas llamas de los Espíritus Seráficos. Ya, pues, que residen en vos tanta grandeza, poder y gloria, usad vuestra generosa beneficencia con esta inútil criatura, que, aunque frágil, al fin os ama con dulce pasión, para que sea feliz en el tiempo y en la eternidad. Amén.

GOZOS

De Dios íntimo Privado y su Ministro escogido: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú eres en Naturaleza un puro espíritu, y tal, que en la Corte Celestial descuella tu grande Alteza; al sol vences en belleza, del eterno Sol bañado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

En aquella antigua lid, en que el valiente Miguel ajó al soberbio Luzbel, fuisteis invencible adalid. Tropas del abismo, huid, pues ambos os han hollado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

De los siete más vecinos al trono augusto de Dios por uno os cuentan a vos los oráculos divinos. Nuestros discursos mezquinos vencen tan noble dictado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Principado en dignidad, en las luces Querubín, en las llamas Serafín, y trono en la majestad; reúnes la autoridad del Angélico Senado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Aunque tan grande en el Cielo del hombre no os desdeñáis, de allá a la tierra bajáis para su guía y consuelo. De Dios tomando el modelo a nadie os negáis, llamado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Por vos Tobías el mozo libre de un susto mortal halló bienes sin igual, halló mujer, halló gozo. Por vos llena de alborozo a Raguel su suegro amado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Sara, antes entristecida con siete maridos muertos (por ti echado a los desiertos Asmodeo) vuelve a

vida, y a un santo marido unida prole feliz le has logrado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú de Gabelo el dinero para Tobías cobraste; tú siempre caudal hallaste al que te ama con esmero. Siempre en ti un fiel tesorero halla el bien intencionado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú a Tobías el mayor, ya de muchos años ciego, con hiél de un pez diste luego de la vista el resplandor. Loa el anciano al Señor y ve al hijo suspirado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú ofreces en copa de oro al gran Rey de la alta Sión la limosna, la oración y del pecho humilde el lloro. La piedad es tu decoro y hacer bien al angustiado:

¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ángel de salud te llama la Iglesia, la cual opina que el Ángel de la Piscina eres tú: y quien a ti clama de tu caridad la llama presto siente remediado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ya tu nombre mismo expresa que eres de Dios medicina; de socorro rica mina todo el mundo te

confiesa. ¡Feliz el que te profesa un amor fiel y alentado! ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

No es Córdoba solamente la que, por ti apadrinada, se vio pronto libertada de un contagio pestilente: a cualquiera edad y gente la salud has alcanzado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Pues siempre das grato oído al que te llama confiado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

V) Stetit ángelus juxta aram templi.
R). Habens thuribulum aureum in manu sua.

OREMUS

Deus qui beatum Raphaelen Archangelum, Tobiae famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DÍA QUINTO

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi poderoso Creador, mi dulce Padre y mi piadosísimo Redentor; aquí tenéis postrado a vuestros pies a este hijo pródigo, que tantas veces ha malogrado el patrimonio de vuestra gracia con enormes pecados. La contusión cubre mi rostro, Dios mío, y apenas me atrevo a levantar mis ojos para miraros, aterrado con el asombroso número de mis pecados. Mas ¿a quién iré, bien mío, sino al que me dio el ser, y derramó por mí toda su sangre? Levantaréme y me iré al Padre, os digo como el primer pródigo. A Vos, pues, vengo, cierto que me esperáis con los brazos abiertos para abrazarme, y regar con dulces lágrimas mi cuello. Si para esto queréis también mi llanto, de sangre viva quisiera yo formarlo, y daros con esto un testimonio de mi verdadero arrepentimiento. Dad Vos, Señor, firmeza a mis buenos propósitos, para que, dejando ya de ser demonio por los vicios, sea por las virtudes un ángel puro, semejante a vuestro querido arcángel San Rafael.

A vos, pues, me dirijo Príncipe gloriosísimo y ángel de la salud, Rafael, para que, a la vista de vuestras virtudes y excelencias, salga con vuestra

protección del abismo de mis vicios y miserias, y merezca con esto el favor que solicito en esta Novena y que espero de aquel vuestro tierno corazón y fondo de caridad que forman vuestro carácter. Amén.

Rafael, abogado de la oración

Es increíble la complacencia que perciben los santos ángeles en las oraciones que dirigen los hombres al Omnipotente. Por esto se nos describen en el Apocalipsis con azafates de oro en sus manos, llenos de aromáticos olores, que, corno allí mismo se dice, son las oraciones de los santos, que ellos presentan como fragante timiama ante el inaccesible Altar de la tremenda y centelleante Divinidad. Pero, además de este amoroso anhelo con que todas las inteligencias angélicas generalmente miran y protegen la Oración, tenemos datos particulares del especial interés que toma en ella el gran Rafael. Desde los altos cielos parece está continuamente atalayando para ver y descubrir los hombres de oración y ofrecerla al Altísimo en favor de ellos. “Cuando tú orabas con tierno llanto, yo fui quien ofreció a Dios tu Oración”. Así desabrochó su pecho, hablando con Tobías. Y no hay duda que hará lo mismo con cuantos se dedican

con esmero a la oración, especialmente si invocan su auxilio con fervor y alentada confianza; que por esto lo considera la Iglesia estar en pie con el incensario en la mano ante el ara del templo, como que está siempre en actitud de ofrecer a Dios el oloroso perfume de nuestras oraciones.

(Medítese un poco, y pídase el favor que se desea).

COLOQUIO

Ya que sois, excelso Príncipe Rafael, el abogado y promotor de la oración, alcanzadme de Dios el espíritu de esta virtud elevadora, que transforma los hombres en serafines.

Ella es la que corre la cortina a los sublimes espectáculos de la eternidad; entabla una amistosa correspondencia entre Dios y el hombre; da al alma alas de paloma, con que se traslada en un momento desde el abismo do la nada hasta el refulgente solio de la Divinidad; enerva la fuerza tirana de las pasiones, degüella los vicios, da vida a las virtudes, hace llover del cielo mil saludables destellos de toda suerte de favores; ella, en fin, infunde en el alma aquella dulce y vehemente llama, limpiándola do toda escoria de terrenos afectos, la eleva a los

místicos ósculos y abrazos del Dios del amor puro, hasta unirla y hacerla un mismo espíritu con Él.

Ella, pues, formará en adelante mis delicias, dedicando a su ejercicio tantas horas como hasta ahora se me ha llevado la ociosidad y unas tareas vanas y aun perjudiciales. Estos son mis propósitos. Vos, que sois el amigo de la oración, suplicad al Señor me dé la gracia de saber llevarlos a generosa obra. Así lo espero de vuestra condición.

Y para más obligaros, unido mi espíritu con las tres jerarquías de los ángeles, saludo a la sacrosanta e individua Trinidad con tres Padrenuestros, tres Avemarías y un Gloria Patri.

Oración para todos los días

Excelentísimo príncipe del Empíreo, Rafael, ministro del gran Rey, celador de su honra, protector de la castidad, patrono do la limosna y oración, conductor de los caminantes, libertador de los peligros, proveedor en las necesidades, iluminador de los ciegos y módico universal de todas las enfermedades: a vos clamo, y a la sombra de vuestro patrocinio acudo, para que os dignéis sostenerme en todos mis peligros, consolarme en todas mis tristezas, dirigirme en todos mis apuros y

remediarme en todas mis necesidades. Vos reunís todas las prerrogativas de los nueve coros angélicos. Tenéis la pureza y candor de los ángeles comunes; sois embajador de las cosas grandes como los arcángeles; sobre vos descansa Dios como en los Tronos; con las Dominaciones señoreáis los ánimos; con los Principados veláis sobre reyes y reinos; enfrenáis los demonios con las Potestades; obráis estupendos milagros con las virtudes; en vos, finalmente, se von brillar las luces de los Querubines y arder las amorosas llamas de los Espíritus Seráficos. Ya, pues, que residen en vos tanta grandeza, poder y gloria, usad vuestra generosa beneficencia con esta inútil criatura, que, aunque frágil, al fin os ama con dulce pasión, para que sea feliz en el tiempo y en la eternidad. Amén.

GOZOS

De Dios íntimo Privado y su Ministro escogido: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú eres en Naturaleza un puro espíritu, y tal, que en la Corte Celestial descuella tu grande Alteza; al sol vences en belleza, del eterno Sol bañado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

En aquella antigua lid, en que el valiente Miguel ajó al soberbio Luzbel, fuisteis invencible adalid. Tropas del abismo, huid, pues ambos os han hollado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

De los siete más vecinos al trono augusto de Dios por uno os cuentan a vos los oráculos divinos. Nuestros discursos mezquinos vencen tan noble dictado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Principado en dignidad, en las luces Querubín, en las llamas Serafín, y trono en la majestad; reúnes la autoridad del Angélico Senado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Aunque tan grande en el Cielo del hombre no os desdeñáis, de allá a la tierra bajáis para su guía y consuelo. De Dios tomando el modelo a nadie os negáis, llamado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Por vos Tobías el mozo libre de un susto mortal halló bienes sin igual, halló mujer, halló gozo. Por vos llena de alborozo a Raguel su suegro amado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Sara, antes entristecida con siete maridos muertos (por ti echado a los desiertos Asmodeo) vuelve a

vida, y a un santo marido unida prole feliz le has logrado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú de Gabelo el dinero para Tobías cobraste; tú siempre caudal hallaste al que te ama con esmero. Siempre en ti un fiel tesorero halla el bien intencionado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú a Tobías el mayor, ya de muchos años ciego, con hiél de un pez diste luego de la vista el resplandor. Loa el anciano al Señor y ve al hijo suspirado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú ofreces en copa de oro al gran Rey de la alta Sión la limosna, la oración y del pecho humilde el lloro. La piedad es tu decoro y hacer bien al angustiado:

¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ángel de salud te llama la Iglesia, la cual opina que el Ángel de la Piscina eres tú: y quien a ti clama de tu caridad la llama presto siente remediado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ya tu nombre mismo expresa que eres de Dios medicina; de socorro rica mina todo el mundo te

confiesa. ¡Feliz el que te profesa un amor fiel y alentado! ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

No es Córdoba solamente la que, por ti apadrinada, se vio pronto libertada de un contagio pestilente: a cualquiera edad y gente la salud has alcanzado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Pues siempre das grato oído al que te llama confiado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

V) Stetit ángelus juxta aram templi.
R). Habens thuribulum aureum in manu sua.

OREMUS

Deus qui beatum Raphaelen Archangelum, Tobiae famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DÍA SEXTO

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi poderoso Creador, mi dulce Padre y mi piadosísimo Redentor; aquí tenéis postrado a vuestros pies a este hijo pródigo, que tantas veces ha malogrado el patrimonio de vuestra gracia con enormes pecados. La contusión cubre mi rostro, Dios mío, y apenas me atrevo a levantar mis ojos para miraros, aterrado con el asombroso número de mis pecados. Mas ¿a quién iré, bien mío, sino al que me dio el ser, y derramó por mí toda su sangre? Levantaréme y me iré al Padre, os digo como el primer pródigo. A Vos, pues, vengo, cierto que me esperáis con los brazos abiertos para abrazarme, y regar con dulces lágrimas mi cuello. Si para esto queréis también mi llanto, de sangre viva quisiera yo formarlo, y daros con esto un testimonio de mi verdadero arrepentimiento. Dad Vos, Señor, firmeza a mis buenos propósitos, para que, dejando ya de ser demonio por los vicios, sea por las virtudes un ángel puro, semejante a vuestro querido arcángel San Rafael.

A vos, pues, me dirijo Príncipe gloriosísimo y ángel de la salud, Rafael, para que, a la vista de vuestras virtudes y excelencias, salga con vuestra

protección del abismo de mis vicios y miserias, y merezca con esto el favor que solicito en esta Novena y que espero de aquel vuestro tierno corazón y fondo de caridad que forman vuestro carácter. Amén.

Rafael, conductor de los caminantes

Pasma verdaderamente la cariñosa solicitud que manifestó el gran Rafael en ofrecerse por compañero de Tobías y seguirlo en todos los puntos de su famosa ruta. Disimulando la alta dignidad de su carácter y trasformado en un joven viajero con el nombre de Azarías, para hacerse más franco y familiar, ¿qué dulzura no usa en su trato? ¿de qué riesgos no lo preserva? ¿qué bienes no le alcanza? ¿y qué saludables preceptos y máximas no le inspira? Do esta manera, mientras es su guía y conductor por los caminos de la tierra, es al mismo tiempo un sabio mentor, que lo ilustra e instruye, enseñándole el verdadero camino que lleva a la eterna vida. Y verdaderamente, como dice San Gregorio, mientras vivimos en este mundo, estamos como en camino, por el cual nos dirigimos a la Patria: que por esto somos llamados viajeros. ¡Dichoso y bienhadado el hombre que, desviándose del camino de la iniquidad y perdición, atina con el

que guía a la morada feliz do los bienaventurados! ¡Y mil veces también dichoso el que logra para esto un conductor tan diestro y oficioso como Rafael! Seguro podrá estar con tan buen compañero de no tropezar en los continuos obstáculos que se atraviesan por este camino, y llegar prósperamente al fin de tan crítica o interesante jornada.

(Medítese un poco, y pídase el favor que se desea).

COLOQUIO

A vos invoco, dulcísimo Rafael, mientras que voy viajando por la peligrosa carrera de esta frágil y deleznable vida. Más tímido e inexperto que el mozo Tobías, preciso será que os dignéis asirme de la mano, para que no dé en algún horrible precipicio. Por todos los puntos de esta derrota hay ladrones y asesinos, que están siempre acechando, para hurtarme el oro do las virtudes, y hasta la vestidura do la gracia, y quitarme con esto la vida del alma, que es la única verdadera vida. Se hallan con frecuencia caminos espaciosos y amenos, cubiertos de flores y de varios hechizos, a que se nos llama con mil lisonjeros atractivos de honras, riquezas y placeres. De otra parte se presentan páramos desiertos, montes escabrosos y ardientes arenales, que meten grima y horror al sólo verlos.

¡Cuán fácil es atendida nuestra innata propensión a lo agradable, andarse por los caminos deliciosos y volver las espaldas a los arduos! Y sin embargo, éstos son, en boca de la verdad eterna, los que guían a la vida, mientras que aquéllos tienen por remato la muerte en la sombría región del llanto sempiterno. Tenedme, pues, siempre de la mano, Ángel conductor, y obligadme, aunque me cueste la vida, a seguir siempre los que tienen por término la eterna vida.

Y para más obligaros, unido mi espíritu con las tres jerarquías de los ángeles, saludo a la sacrosanta e individua Trinidad con tres Padrenuestros, tres Avemarías y un Gloria Patri.

Oración para todos los días

Excelentísimo príncipe del Empíreo, Rafael, ministro del gran Rey, celador de su honra, protector de la castidad, patrono do la limosna y oración, conductor de los caminantes, libertador de los peligros, proveedor en las necesidades, iluminador de los ciegos y módico universal de todas las enfermedades: a vos clamo, y a la sombra de vuestro patrocinio acudo, para que os dignéis sostenerme en todos mis peligros, consolarme en todas mis tristezas, dirigirme en todos mis apuros y

remediarme en todas mis necesidades. Vos reunís todas las prerrogativas de los nueve coros angélicos. Tenéis la pureza y candor de los ángeles comunes; sois embajador de las cosas grandes como los arcángeles; sobre vos descansa Dios como en los Tronos; con las Dominaciones señoreáis los ánimos; con los Principados veláis sobre reyes y reinos; enfrenáis los demonios con las Potestades; obráis estupendos milagros con las virtudes; en vos, finalmente, se von brillar las luces de los Querubines y arder las amorosas llamas de los Espíritus Seráficos. Ya, pues, que residen en vos tanta grandeza, poder y gloria, usad vuestra generosa beneficencia con esta inútil criatura, que, aunque frágil, al fin os ama con dulce pasión, para que sea feliz en el tiempo y en la eternidad. Amén.

GOZOS

De Dios íntimo Privado y su Ministro escogido: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú eres en Naturaleza un puro espíritu, y tal, que en la Corte Celestial descuella tu grande Alteza; al sol vences en belleza, del eterno Sol bañado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

En aquella antigua lid, en que el valiente Miguel ajó al soberbio Luzbel, fuisteis invencible adalid. Tropas del abismo, huid, pues ambos os han hollado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

De los siete más vecinos al trono augusto de Dios por uno os cuentan a vos los oráculos divinos. Nuestros discursos mezquinos vencen tan noble dictado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Principado en dignidad, en las luces Querubín, en las llamas Serafín, y trono en la majestad; reúnes la autoridad del Angélico Senado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Aunque tan grande en el Cielo del hombre no os desdeñáis, de allá a la tierra bajáis para su guía y consuelo. De Dios tomando el modelo a nadie os negáis, llamado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Por vos Tobías el mozo libre de un susto mortal halló bienes sin igual, halló mujer, halló gozo. Por vos llena de alborozo a Raguel su suegro amado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Sara, antes entristecida con siete maridos muertos (por ti echado a los desiertos Asmodeo) vuelve a

vida, y a un santo marido unida prole feliz le has logrado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú de Gabelo el dinero para Tobías cobraste; tú siempre caudal hallaste al que te ama con esmero. Siempre en ti un fiel tesorero halla el bien intencionado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú a Tobías el mayor, ya de muchos años ciego, con hiél de un pez diste luego de la vista el resplandor. Loa el anciano al Señor y ve al hijo suspirado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú ofreces en copa de oro al gran Rey de la alta Sión la limosna, la oración y del pecho humilde el lloro. La piedad es tu decoro y hacer bien al angustiado:

¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ángel de salud te llama la Iglesia, la cual opina que el Ángel de la Piscina eres tú: y quien a ti clama de tu caridad la llama presto siente remediado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ya tu nombre mismo expresa que eres de Dios medicina; de socorro rica mina todo el mundo te

confiesa. ¡Feliz el que te profesa un amor fiel y alentado! ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

No es Córdoba solamente la que, por ti apadrinada, se vio pronto libertada de un contagio pestilente: a cualquiera edad y gente la salud has alcanzado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Pues siempre das grato oído al que te llama confiado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

V) Stetit ángelus juxta aram templi.
R). Habens thuribulum aureum in manu sua.

OREMUS

Deus qui beatum Raphaelen Archangelum, Tobiae famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DÍA SÉPTIMO

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi poderoso Creador, mi dulce Padre y mi piadosísimo Redentor; aquí tenéis postrado a vuestros pies a este hijo pródigo, que tantas veces ha malogrado el patrimonio de vuestra gracia con enormes pecados. La contusión cubre mi rostro, Dios mío, y apenas me atrevo a levantar mis ojos para miraros, aterrado con el asombroso número de mis pecados. Mas ¿a quién iré, bien mío, sino al que me dio el ser, y derramó por mí toda su sangre? Levantaréme y me iré al Padre, os digo como el primer pródigo. A Vos, pues, vengo, cierto que me esperáis con los brazos abiertos para abrazarme, y regar con dulces lágrimas mi cuello. Si para esto queréis también mi llanto, de sangre viva quisiera yo formarlo, y daros con esto un testimonio de mi verdadero arrepentimiento. Dad Vos, Señor, firmeza a mis buenos propósitos, para que, dejando ya de ser demonio por los vicios, sea por las virtudes un ángel puro, semejante a vuestro querido arcángel San Rafael.

A vos, pues, me dirijo Príncipe gloriosísimo y ángel de la salud, Rafael, para que, a la vista de vuestras virtudes y excelencias, salga con vuestra

protección del abismo de mis vicios y miserias, y merezca con esto el favor que solicito en esta Novena y que espero de aquel vuestro tierno corazón y fondo de caridad que forman vuestro carácter. Amén.

Rafael, libertador en los peligros

De ningún otro de los espíritus angélicos refiere la Sagrada Escritura tantas particularidades y pormenores como de Rafael. La historia de Tobías no parece también sino la historia de este humanísimo Arcángel. Allí, pues, se descubre su sabiduría y prontitud en librar de los peligros al hijo de aquel héroe. Un pez descomunal sale del fondo del río Tigris y va con furia a tragarse aquel mozo, mientras que éste quería lavarse los pies. Asustado y atónito Tobías, grita con alta voz al Ángel: Señor, mirad que me embiste. No te asustes, le responde: antes bien, agárralo por las agallas y échalo en la tierra. Así lo hizo impávido; y lo que al principio causó susto y aspaviento, fué después origen de imponderables ventajas. Con no menos prevención libró al mismo y a su esposa Sara del inminente riesgo de la crueldad del demonio, enseñándoles el medio con que precaverse de su furor, y hacerse invulnerables a sus tiros. Y si

pudiésemos abrir aquí los anales de la Iglesia, ¿no hallaríamos innumerables testigos del pronto auxilio que experimentaron invocando a Rafael en sus peligros? Acudamos, pues, a él con fe, y será nuestro fiel libertador de cuantos males puedan amenazarnos.

(Medítese un poco, y pídase el favor que se desea).

COLOQUIO

Con tantas voces quisiera llamaros, mi amado Rafael, cuantos son los innumerables peligros que me rodean. Peligros de salud, peligros de la fama, peligros de los bienes de fortuna, peligros en la soledad, peligros en el concurso, peligros en el mar, peligros en la tierra, peligros de cuerpo, y, lo que es más sensible y aun más frecuente, peligros del espíritu. ¡Oh, con cuánta Propiedad mostró Dios al grande Antonio Abad este mundo, como un campo vastísimo todo sembrado de lazos y peligros! ¿Qué vigilancia no se necesita para poner el pie en punto seguro? ¿Qué astucia y valor para no ser presa de nuestro adversario el diablo, que como león bravo da con feroz rugido mil vueltas a nuestro rededor para devorarnos?

¿Qué superioridad de espíritu para no sucumbir a la fuerza dominante de unas costumbres perversas, que tanto se han generalizado en nuestros días, con dispendio de la Divina Ley? Casi cuanto vemos, cuanto oímos, cuanto gustamos, cuanto, en fin, está cerca de nosotros, compromete nuestra seguridad y pone en contingencia nuestra salvación. Vos, pues, que tanto os distinguís en preservar de los peligros a los que os invocan, sedme presente en mis apuros, protegedme, cubridme, salvadme, y no me desamparéis hasta ponerme en la excelsa región de la imperturbable seguridad.

Y para más obligaros, unido mi espíritu con las tres jerarquías de los ángeles, saludo a la sacrosanta e individua Trinidad con tres Padrenuestros, tres Avemarías y un Gloria Patri.

Oración para todos los días

Excelentísimo príncipe del Empíreo, Rafael, ministro del gran Rey, celador de su honra, protector de la castidad, patrono do la limosna y oración, conductor de los caminantes, libertador de los peligros, proveedor en las necesidades, iluminador de los ciegos y módico universal de todas las enfermedades: a vos clamo, y a la sombra de vuestro patrocinio acudo, para que os dignéis

sostenerme en todos mis peligros, consolarme en todas mis tristezas, dirigirme en todos mis apuros y remediarme en todas mis necesidades. Vos reunís todas las prerrogativas de los nueve coros angélicos. Tenéis la pureza y candor de los ángeles comunes; sois embajador de las cosas grandes como los arcángeles; sobre vos descansa Dios como en los Tronos; con las Dominaciones señoreáis los ánimos; con los Principados veláis sobre reyes y reinos; enfrenáis los demonios con las Potestades; obráis estupendos milagros con las virtudes; en vos, finalmente, se von brillar las luces de los Querubines y arder las amorosas llamas de los Espíritus Seráficos. Ya, pues, que residen en vos tanta grandeza, poder y gloria, usad vuestra generosa beneficencia con esta inútil criatura, que, aunque frágil, al fin os ama con dulce pasión, para que sea feliz en el tiempo y en la eternidad. Amén.

GOZOS

De Dios íntimo Privado y su Ministro escogido: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú eres en Naturaleza un puro espíritu, y tal, que en la Corte Celestial descuella tu grande Alteza; al sol vences en belleza, del eterno Sol bañado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

En aquella antigua lid, en que el valiente Miguel ajó al soberbio Luzbel, fuisteis invencible adalid. Tropas del abismo, huid, pues ambos os han hollado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

De los siete más vecinos al trono augusto de Dios por uno os cuentan a vos los oráculos divinos. Nuestros discursos mezquinos vencen tan noble dictado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Principado en dignidad, en las luces Querubín, en las llamas Serafín, y trono en la majestad; reúnes la autoridad del Angélico Senado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Aunque tan grande en el Cielo del hombre no os desdeñáis, de allá a la tierra bajáis para su guía y consuelo. De Dios tomando el modelo a nadie os negáis, llamado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Por vos Tobías el mozo libre de un susto mortal halló bienes sin igual, halló mujer, halló gozo. Por vos llena de alborozo a Raguel su suegro amado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Sara, antes entristecida con siete maridos muertos (por ti echado a los desiertos Asmodeo) vuelve a

vida, y a un santo marido unida prole feliz le has logrado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú de Gabelo el dinero para Tobías cobraste; tú siempre caudal hallaste al que te ama con esmero. Siempre en ti un fiel tesorero halla el bien intencionado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú a Tobías el mayor, ya de muchos años ciego, con hiél de un pez diste luego de la vista el resplandor. Loa el anciano al Señor y ve al hijo suspirado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú ofreces en copa de oro al gran Rey de la alta Sión la limosna, la oración y del pecho humilde el lloro. La piedad es tu decoro y hacer bien al angustiado:

¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ángel de salud te llama la Iglesia, la cual opina que el Ángel de la Piscina eres tú: y quien a ti clama de tu caridad la llama presto siente remediado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ya tu nombre mismo expresa que eres de Dios medicina; de socorro rica mina todo el mundo te

confiesa. ¡Feliz el que te profesa un amor fiel y alentado! ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

No es Córdoba solamente la que, por ti apadrinada, se vio pronto libertada de un contagio pestilente: a cualquiera edad y gente la salud has alcanzado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Pues siempre das grato oído al que te llama confiado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

V) Stetit ángelus juxta aram templi.
R). Habens thuribulum aureum in manu sua.

OREMUS

Deus qui beatum Raphaelen Archangelum, Tobiae famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DÍA OCTAVO

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi poderoso Creador, mi dulce Padre y mi piadosísimo Redentor; aquí tenéis postrado a vuestros pies a este hijo pródigo, que tantas veces ha malogrado el patrimonio de vuestra gracia con enormes pecados. La contusión cubre mi rostro, Dios mío, y apenas me atrevo a levantar mis ojos para miraros, aterrado con el asombroso número de mis pecados. Mas ¿a quién iré, bien mío, sino al que me dio el ser, y derramó por mí toda su sangre? Levantaréme y me iré al Padre, os digo como el primer pródigo. A Vos, pues, vengo, cierto que me esperáis con los brazos abiertos para abrazarme, y regar con dulces lágrimas mi cuello. Si para esto queréis también mi llanto, de sangre viva quisiera yo formarlo, y daros con esto un testimonio de mi verdadero arrepentimiento. Dad Vos, Señor, firmeza a mis buenos propósitos, para que, dejando ya de ser demonio por los vicios, sea por las virtudes un ángel puro, semejante a vuestro querido arcángel San Rafael.

A vos, pues, me dirijo Príncipe gloriosísimo y ángel de la salud, Rafael, para que, a la vista de vuestras virtudes y excelencias, salga con vuestra

protección del abismo de mis vicios y miserias, y merezca con esto el favor que solicito en esta Novena y que espero de aquel vuestro tierno corazón y fondo de caridad que forman vuestro carácter. Amén.

Rafael, proveedor en las necesidades

Tambien se atrae los solícitos desvelos de Rafael la provisión de lo que necesitamos para poder pasar esta miserable vida, si lo que pedimos no lo deseamos para prodigarlo a la satisfacción de nuestras vergonzosas pasiones, sino para nuestra decente manutención y otros fines útiles a la gloria de Dios y socorro de nuestros semejantes. Testigos de esta verdad será en todos los siglos la casa de Tobías, para quien no sólo fué él mismo en persona a cobrar la considerable, suma de diez talentos de plata que le adeudaba el buen Gabelo, vecino de la ciudad do Rages en la Media; más aun enriqueció su casa con la mitad del opulento patrimonio de Raguel, y aun con todo el patrimonio entero, seguida la muerte de este virtuoso varón. Esta misma generosa providencia mostraría a los necesitados, si con los fines arriba indicados depositasen en él toda su confianza; como lo han experimentado diferentes recurriendo a este

tesorero del gran Rey con viva fe e inflamada devoción. Enciéndase, pues, en nuestro pecho la viva llama de nuestro afecto y confianza, y desde luego nos inundarán las efusiones de generosidad y bizarría con que este Arcángel de la conmiseración nos proveerá en todas nuestras necesidades.

(Medítese un poco, y pídase el favor que se desea).

COLOQUIO

Benéfico y próvido Rafael: pues que tantas pruebas de socorro habéis dado en todo tiempo a vuestra providencia me asilo, para que me alcancéis todo cuanto sea menester para pasar en tranquila paz y decencia esta breve y fugitiva vida. No pretendo montañas de oro para fijar sobre su cumbre un trono a mi soberbia, sino precisamente aquello que vos, ilustrado con los rayos de luz, sabéis que me conviene para mi manutención y otros fines de la divina gloria. Pero los bienes de que con más ahinco os suplico me proveáis, son los bienes del alma, en cuyo confronto, según expresión del Sabio, ni la plata es más que lodo, ni el oro sino despreciable arena, ni todas las riquezas merecen otro nombre que el de nada. ¿De qué me serviría que montes de oro procediesen mi carro triunfal, como al de Pompeyo, si en remate quedase para

siempre privado de las verdaderas riquezas, de que hace magnífica ostentación el Rey inmortal de los siglos, en aquel brillante Reino que mide su duración con la eternidad? ¿Seré tan loco como Esaú, que por un puñado de legumbres me venda tan rico patrimonio? No, no, santo mío. Lo que primero pido es el Reino de Dios y su justicia, y lo demás sólo por añadidura. Esto espero de vos.

Y para más obligaros, unido mi espíritu con las tres jerarquías de los ángeles, saludo a la sacrosanta e individua Trinidad con tres Padrenuestros, tres Avemarías y un Gloria Patri.

Oración para todos los días

Excelentísimo príncipe del Empíreo, Rafael, ministro del gran Rey, celador de su honra, protector de la castidad, patrono do la limosna y oración, conductor de los caminantes, libertador de los peligros, proveedor en las necesidades, iluminador de los ciegos y módico universal de todas las enfermedades: a vos clamo, y a la sombra de vuestro patrocinio acudo, para que os dignéis sostenerme en todos mis peligros, consolarme en todas mis tristezas, dirigirme en todos mis apuros y remediarme en todas mis necesidades. Vos reunís todas las prerrogativas de los nueve coros

angélicos. Tenéis la pureza y candor de los ángeles comunes; sois embajador de las cosas grandes como los arcángeles; sobre vos descansa Dios como en los Tronos; con las Dominaciones señoreáis los ánimos; con los Principados veláis sobre reyes y reinos; enfrenáis los demonios con las Potestades; obráis estupendos milagros con las virtudes; en vos, finalmente, se von brillar las luces de los Querubines y arder las amorosas llamas de los Espíritus Seráficos. Ya, pues, que residen en vos tanta grandeza, poder y gloria, usad vuestra generosa beneficencia con esta inútil criatura, que, aunque frágil, al fin os ama con dulce pasión, para que sea feliz en el tiempo y en la eternidad. Amén.

GOZOS

De Dios íntimo Privado y su Ministro escogido: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú eres en Naturaleza un puro espíritu, y tal, que en la Corte Celestial descuella tu grande Alteza; al sol vences en belleza, del eterno Sol bañado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

En aquella antigua lid, en que el valiente Miguel ajó al soberbio Luzbel, fuisteis invencible adalid. Tropas del abismo, huid, pues ambos os han

hollado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

De los siete más vecinos al trono augusto de Dios por uno os cuentan a vos los oráculos divinos. Nuestros discursos mezquinos vencen tan noble dictado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Principado en dignidad, en las luces Querubín, en las llamas Serafín, y trono en la majestad; reúnes la autoridad del Angélico Senado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Aunque tan grande en el Cielo del hombre no os desdeñáis, de allá a la tierra bajáis para su guía y consuelo. De Dios tomando el modelo a nadie os negáis, llamado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Por vos Tobías el mozo libre de un susto mortal halló bienes sin igual, halló mujer, halló gozo. Por vos llena de alborozo a Raguel su suegro amado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Sara, antes entristecida con siete maridos muertos (por ti echado a los desiertos Asmodeo) vuelve a vida, y a un santo marido unida prole feliz le has logrado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú de Gabelo el dinero para Tobías cobraste; tú siempre caudal hallaste al que te ama con esmero. Siempre en ti un fiel tesorero halla el bien intencionado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú a Tobías el mayor, ya de muchos años ciego, con hiél de un pez diste luego de la vista el resplandor. Loa el anciano al Señor y ve al hijo suspirado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú ofreces en copa de oro al gran Rey de la alta Sión la limosna, la oración y del pecho humilde el lloro. La piedad es tu decoro y hacer bien al angustiado:

¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ángel de salud te llama la Iglesia, la cual opina que el Ángel de la Piscina eres tú: y quien a ti clama de tu caridad la llama presto siente remediado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ya tu nombre mismo expresa que eres de Dios medicina; de socorro rica mina todo el mundo te confiesa. ¡Feliz el que te profesa un amor fiel y alentado! ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

No es Córdoba solamente la que, por ti apadrinada, se vio pronto libertada de un contagio pestilente: a cualquiera edad y gente la salud has alcanzado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Pues siempre das grato oído al que te llama confiado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

V) Stetit ángelus juxta aram templi.
R). Habens thuribulum aureum in manu sua.

OREMUS

Deus qui beatum Raphaelen Archangelum, Tobiae famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

DÍA NOVENO

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, mi poderoso Creador, mi dulce Padre y mi piadosísimo Redentor; aquí tenéis postrado a vuestros pies a este hijo pródigo, que tantas veces ha malogrado el patrimonio de vuestra gracia con enormes pecados. La contusión cubre mi rostro, Dios mío, y apenas me atrevo a levantar mis ojos para miraros, aterrado con el asombroso número de mis pecados. Mas ¿a quién iré, bien mío, sino al que me dio el ser, y derramó por mí toda su sangre? Levantaréme y me iré al Padre, os digo como el primer pródigo. A Vos, pues, vengo, cierto que me esperáis con los brazos abiertos para abrazarme, y regar con dulces lágrimas mi cuello. Si para esto queréis también mi llanto, de sangre viva quisiera yo formarlo, y daros con esto un testimonio de mi verdadero arrepentimiento. Dad Vos, Señor, firmeza a mis buenos propósitos, para que, dejando ya de ser demonio por los vicios, sea por las virtudes un ángel puro, semejante a vuestro querido arcángel San Rafael.

A vos, pues, me dirijo Príncipe gloriosísimo y ángel de la salud, Rafael, para que, a la vista de vuestras virtudes y excelencias, salga con vuestra

protección del abismo de mis vicios y miserias, y merezca con esto el favor que solicito en esta Novena y que espero de aquel vuestro tierno corazón y fondo de caridad que forman vuestro carácter. Amén.

Rafael, médico de nuestra salud

Si bien en todo género de urgencias se ha mostrado siempre Rafael un dulce amigo de los hombres; pero lo que más particularmente lo distingue y caracteriza es el oficioso anhelo con que se interesa en curar nuestras enfermedades. Su nombre es ya su más completo elogio: pues Rafael significa medicina de Dios. ¿Qué enfermedad habrá tan renitente, que no ceda a tal medicina y a tal médico? Cede, en efecto, la ceguera de Tobías; cede la obsesión de Sara; cede la devorante melancolía de Ana y de Raguel; toda aflicción, en fin, toda dolencia cede. Persuadida la Iglesia Santa de esta verdad consoladora, invoca en las enfermedades de sus hijos a este Ángel de la Piscina como al único instrumento de que se vale Dios en todas las curaciones milagrosas, como dicen los santos padres Gregorio y Augustino. La ciudad de Córdoba, con sólo acudir a este médico celestial y colocar su imagen en el pináculo de su

catedral, vio cesar repentinamente una peste desoladora, que iba acabando con todos sus vecinos, sembrando por doquier el llanto, el luto y la orfandad. ¿Qué beneficios no percibió de él aquel inmortal héroe de la caridad con los enfermos, San Juan de Dios, hasta verlo con el hábito de su Orden servir y curar a aquéllos, y tenerlo por su agonizante en la última hora de su vida? Acudamos, pues, a él con viva fe, y sanarán nuestras enfermedades.

(Medítese un poco, y pídase el favor que se desea).

COLOQUIO

Sapientísimo médico del cielo, piadoso Príncipe Rafael, ¡qué tiernas son vuestras entrañas y cuan fino y dulce vuestro corazón, pues tanto interés tomáis en consolar y aliviar a los afligidos dolientes quo yacen sobre el lecho de su dolor! Ya, pues, que tan tierno sois y tan piadoso, a vos pido y de vos espero la salud del cuerpo para poder trabajar continuamente a gloria del Creador y bien de sus criaturas. Pero ante todo os suplico miréis con ojo compasivo las innumerables enfermedades de que adolece mi alma. ¡Oh, qué campo tan ancho ofrecen éstas a vuestra compasión y humanidad! La hinchazón de la soberbia me tiene todo

entumecido; la comezón de la codicia me irrita; la maligna calentura de la lujuria me enciende; la inflamatoria ira me agita; el bolismo de la gula me embrutece; el tétrico humor de la envidia me tiene pálido y afilado, y la gota de la pereza me tiene del todo paralizado. Tantos, tan graves y tan inveterados males sólo medicina de Dios podrá curarlos. Vos, pues, a quien honra el Todopoderoso con tan interesante dictado, enterneceos sobre tan horroroso cúmulo de males, curando las dolencias de aquellos vicios capitales con los medicamentos de las virtudes opuestas. Este es el fruto especial que deseo alcanzar por vuestra mediación en esta novena: pues él solo me asegura la salud eterna en la gloria.

Y para más obligaros, unido mi espíritu con las tres jerarquías de los ángeles, saludo a la sacrosanta e individua Trinidad con tres Padrenuestros, tres Avemarías y un Gloria Patri.

Oración para todos los días

Excelentísimo príncipe del Empíreo, Rafael, ministro del gran Rey, celador de su honra, protector de la castidad, patrono do la limosna y oración, conductor de los caminantes, libertador de los peligros, proveedor en las necesidades,

iluminador de los ciegos y módico universal de todas las enfermedades: a vos clamo, y a la sombra de vuestro patrocinio acudo, para que os dignéis sostenerme en todos mis peligros, consolarme en todas mis tristezas, dirigirme en todos mis apuros y remediarme en todas mis necesidades. Vos reunís todas las prerrogativas de los nueve coros angélicos. Tenéis la pureza y candor de los ángeles comunes; sois embajador de las cosas grandes como los arcángeles; sobre vos descansa Dios como en los Tronos; con las Dominaciones señoreáis los ánimos; con los Principados veláis sobre reyes y reinos; enfrenáis los demonios con las Potestades; obráis estupendos milagros con las virtudes; en vos, finalmente, se von brillar las luces de los Querubines y arder las amorosas llamas de los Espíritus Seráficos. Ya, pues, que residen en vos tanta grandeza, poder y gloria, usad vuestra generosa beneficencia con esta inútil criatura, que, aunque frágil, al fin os ama con dulce pasión, para que sea feliz en el tiempo y en la eternidad. Amén.

GOZOS

De Dios íntimo Privado y su Ministro escogido: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú eres en Naturaleza un puro espíritu, y tal, que en la Corte Celestial descuella tu grande Alteza; al sol vences en belleza, del eterno Sol bañado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

En aquella antigua lid, en que el valiente Miguel ajó al soberbio Luzbel, fuisteis invencible adalid. Tropas del abismo, huid, pues ambos os han hollado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

De los siete más vecinos al trono augusto de Dios por uno os cuentan a vos los oráculos divinos. Nuestros discursos mezquinos vencen tan noble dictado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Principado en dignidad, en las luces Querubín, en las llamas Serafín, y trono en la majestad; reúnes la autoridad del Angélico Senado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Aunque tan grande en el Cielo del hombre no os desdeñáis, de allá a la tierra bajáis para su guía y consuelo. De Dios tomando el modelo a nadie os negáis, llamado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Por vos Tobías el mozo libre de un susto mortal halló bienes sin igual, halló mujer, halló gozo. Por

vos llena de alborozo a Raguel su suegro amado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Sara, antes entristecida con siete maridos muertos (por ti echado a los desiertos Asmodeo) vuelve a vida, y a un santo marido unida prole feliz le has logrado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú de Gabelo el dinero para Tobías cobraste; tú siempre caudal hallaste al que te ama con esmero. Siempre en ti un fiel tesorero halla el bien intencionado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú a Tobías el mayor, ya de muchos años ciego, con hiél de un pez diste luego de la vista el resplandor. Loa el anciano al Señor y ve al hijo suspirado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Tú ofreces en copa de oro al gran Rey de la alta Sión la limosna, la oración y del pecho humilde el lloro. La piedad es tu decoro y hacer bien al angustiado:

¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ángel de salud te llama la Iglesia, la cual opina que el Ángel de la Piscina eres tú: y quien a ti clama de

tu caridad la llama presto siente remediado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Ya tu nombre mismo expresa que eres de Dios medicina; de socorro rica mina todo el mundo te confiesa. ¡Feliz el que te profesa un amor fiel y alentado! ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

No es Córdoba solamente la que, por ti apadrinada, se vio pronto libertada de un contagio pestilente: a cualquiera edad y gente la salud has alcanzado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

Pues siempre das grato oído al que te llama confiado: ¡Rafael, de Dios querido, dad la salud, invocado!

V) Stetit ángelus juxta aram templi.
R). Habens thuribulum aureum in manu sua.

OREMUS

Deus qui beatum Raphaelen Archangelum, Tobiae famulo tuo comitem dedisti in via; concede nobis famulis tuis, ut ejusdem semper protegamur custodia, et muniamur auxilio. Per Christum Dominum nostrum. Amen.